

Era todo de líquida inocencia

en las jarras de tinto de otro tiempo;
asomaban los cuerpos como copas,
abundaban los tragos como besos,
en sorbos de epidermis rebosaban
los vasos que vaciaban sus consejos
y apurábamos todo sin que nada
nos quitara su aroma del aliento,
porque el vino decía por nosotros
letanías de augurios sin recelo.

Todo era de la cepas que plantaran
nuestros padres y nada de lo nuestro
eludía la luz en sus cristales
donde el vino con actitud de espejo
y de motivo siempre, porque entonces
la bodega era todo un universo.

Todo era libertad cuando las flores
no eran de vino cuando toca suelo
el nivel de la cuba si se acaba
y su borra lo enturbia y lo hace espeso.

Todo era barra libre y miel sonora
en días embebidos del estruendo,
en espacios de sorbos como triunfos
en el fluido ardor de estar sediento,
dilapidando cálices paganos
sin que en los posos asomasen pétalos.
Pero nada es lo mismo si desciende
la cota del tonel y la del pecho,
y todo tiene un retrogusto propio
que es el sabor final de los recuerdos.

Allí la crianza era en quien bebía,
pero ahora es de caldo el tratamiento:
el tinto, prescripción facultativa,
exiguo, limitado, nada intenso;
y el blanco se percibe diminuto
sea joven, crecido o medio añejo,
y nunca rebosante, ¡que carencia
si el chorro tan fugaz se hace aleteo!
y entre nítidos sorbos alguien piensa
que el que copea es parte del hollejo.

Son distantes las uvas, detractoras,
por las lomas secaron los viñedos
y hay un erial peor en el espíritu
sin cata y maridaje con el cuerpo.
Ahora toca lo turbio de la borra,
cuando el nivel del poso, el sedimento;
canjeados antídotos por copas,
la vida descendió hasta su cieno.
Fue la única flor sin primavera
la del vino *pro nobis* hecho credo.

Ya no hace hablar la copa; su lenguaje:
mutismo gran reserva, con acentos,
es nobleza de tonos y taninos
del primario rubí al oro viejo,
¡qué delirio afrutado su insolente
frescura de violeta con destellos!,
y hay cárdenas quietudes, luz pajiza
en aromas terciarios y reflejos
esperando el heraldo de las flores
con su albura lunar de blanco duelo.

Llega con este vino, su mensaje
de palidez es un primer lamento;

y su capa de flor, lágrima mustia
para empinar sin sed ni sufrimiento,
y aún se hace candor y persevera
la sencillez que lo hizo tan completo.

Era todo algazara, era gozo
su sabor afrutado y su contento,
su color, equilibrio y armonía;
su compañía, orden y concierto,
pero tras de las flores hubo veda,
y no lejos vomita algún silencio.

* * *